

LA EDUCACIÓN COMO BIEN SOCIAL

JESÚS ÁNGEL SÁNCHEZ MORENO

Este texto forma parte de la contribución a los trabajos realizados en el seno de Fedicaria-Aragón. El texto parte de una valoración crítica sobre determinados conceptos convertidos en fetiche, centrándonos en la idea de servicio público para impugnarla y afirmar la necesidad de situar el acto educativo dentro de los bienes sociales con todas las consecuencias que se derivan de ello.

1. CONCEPTOS, DERROTAS Y MODERNIDAD.

Los conceptos nos derrotan. En el estadio actual de desarrollo de la modernidad, los conceptos sirven de telaraña en la que nos perdemos mientras creemos saber hacia dónde vamos. Los conceptos son, ahora mismo, la trampa que nos derrota o, para ser modernos y juguetones y paradójicos y tal vez autoirónicos, también podemos decir que los conceptos marcan la dirección de nuestra derrota (en términos náuticos derrota significa, creo, cambio de rumbo). Así que Platón se equivocaba (no lo digo yo, lo afirma tajantemente Nietzsche y si él lo dice...). Mitos y cavernas, imágenes proyectadas y logos, apariencias falsas (realidades y vidas falsificadas) y la razón forjadora de conceptos que han de servirnos de hábito para quebrar el trampantojo y salir a la luz verdadera, a la libertad, a la vida verdadera que habita en las ideas, en los conceptos, hijos de la razón, de un razón que todavía parece ser nadie advertía que podía producir monstruos. Nuestra caverna es un mapa conceptual. Y nos sentimos seguros en los conceptos. Y, por ello, los conceptos nos derrotan tanto si esto quiere decir que imponen un nuevo rumbo a nuestro viaje como si nos dejan en manos de la deriva que esa sí que es derrota sin dobleces, sin sentido juguetón que merezca una sonrisa.

Como viene siendo normal en las cosas que escribo, los preámbulos son innecesariamente necesarios. Ya veis, soy moderno, aunque creo que esta palabra, este concepto, ya nada tiene que ver con aquello que alumbraba utopías o que forjaba rebeldías malditas (“Es preciso ser absolutamente modernos”, clamaba Rimbaud en su desierto). Y es que si vamos a discutir sobre lo público o lo social sin que derivemos en nominalistas domingueros o en matizadores cargantes, es necesario que sitúe lo que quiero decir y no sé si sabré explicar. En el estadio actual de desarrollo de la modernidad, esa fase de capitalismo simbólico que es el estadio superior de la evolución del capitalismo salvaje, los conceptos, eso que debía servir para cartografiar la realidad y situar las acciones, nos pierden...

(...) porque todas las formas cambian a partir del momento en que no son ya mecánicamente reproducidas sino **concebidas a partir de su propia reproductibilidad**, difracción a partir de un núcleo generador llamado modelo¹.

En el campo de los estudios sobre la imagen hay un texto que es considerado como referente imprescindible. Me refiero a *La pequeña historia de la fotografía* de Benjamin², donde se alude a la fotografía en el seno de un tiempo determinado por la posibilidad de la reproductibilidad técnica de la imagen. Pues bien, también los conceptos han derivado en formas

¹ BAUDRILLARD, J. *El intercambio simbólico y la muerte*. Monte Avila Editores. Barcelona 1980.

² Publicada en *Discursos Interrumpidos*. Taurus.

concebidas a partir de su propia reproductibilidad en la era del capitalismo simbólico. Formas abstractas que conciben una especie de extraña construcción a medio camino entre Piranesi y la película *Cube*. Las imágenes y la realidad. Los conceptos y la verdad. Pareciera como si la doble relación estuviera alumbrada desde una misma finalidad: derrotarnos.

Se acabó la digresión que, tal vez, sólo pretendía ser una maraña de palabras para ocultar la debilidad de un presupuesto de partida. Los conceptos nos derrotan y esto es palpable desde el momento en que quien los usa no ejerce el control de los mismos. Esto es vivible en esos momentos de chispazo lúcido en los que acabamos siendo conscientes de que **cuando usamos determinados conceptos clave empleamos demasiado tiempo no en explicarlos, sino en justificarnos**. Pensad en todos esos conceptos sagrados que la modernidad propuso: libertad, lo nuevo, progreso, bienestar, igualdad... Conceptos definidos y, sin embargo, terreno movedizo, pantanoso. Pensad en que cada vez que usamos uno de esos conceptos tenemos que volverlo a definir y, al final, uno siente la sensación de que en ese intento de redefinición están las claves de la derrota de ese proyecto moderno que no es la modernidad. La modernidad es un Jano bifronte, pero sobre todo asimétrico. La modernidad, en cuanto que realización y no como proyecto en origen, ha ido perfeccionando hasta límites inimaginables las formas de dominación y de control. El célebre personaje de Lampedusa era todo menos cínico o era un cínico lúcido, un quínico que diría Sloterdijk. Todo cambia para que toda siga igual. Desde, creo, el primer año de vida de este grupo escribimos ya cosas en las que insistíamos en cómo las castas dominantes habían colonizado determinados conceptos que eran bombas que amenazan la perpetuación de su dominación, para, lejos de desactivarlos, transformarlos en bombas de relojería insertadas en los proyectos antihegemónicos. Desde luego ni tengo tiempo ahora, ni fuerzas ni nada que me pudiera permitir ofrecer una breve genealogía de este modelo de dominación que tan bien le está funcionando a quien supo enseguida que las palabras son pantanos donde es fácil urdir trampas para que el enemigo caiga. El lenguaje lo inventó el ser humano sociable; pero inmediatamente se convirtió en don divino, en materia prima del poder que a base de palabras iría tejiendo historias de dirección obligatoria que ahora, en ese estadio superior del desarrollo de los sistemas de dominación, se nos ofrecen con sonrisas de azafato y publicista y celofanes amelie, como historias de dirección única. El lenguaje fue lo primero que nos robaron, desde el principio. Ha sido y es el arma más preciada de sacerdotes y reyes, de tiranos y financieros. *La palabra libre en la ciudad libre* es el título de una obra de Vázquez Montalbán³: *La comunicación ha sido sustituida por la persuasión mediante la comunicación controlada*. No, no creo que haya sido sustituida sino que desde el primer momento la comunicación fue persuasión y el lenguaje su medio más adecuado (leí una vez que Valéry, el poeta, se quejaba de la fotografía porque consideraba que había venido a competir con la palabra en aquello que ésta mejor sabía hacer..., mentir). Gillo Dorfles hablaba de la deriva de los contenidos semánticos, la deriva de los significados, una deriva peligrosa porque permanecía invisible por debajo de la permanencia de significantes inalterados. La deriva del significado de los conceptos que nos lleva, por ejemplo, a la derrota de una modernidad en manos de otra que no duda en usar su mismo lenguaje, no es un proceso natural, es un proceso político que hace que los diccionarios y las enciclopedias sean, las más de las veces, enormes galerías de espejos... deformantes.

2. LA SOSPECHA SOBRE EL CONCEPTO DE LO PÚBLICO.

El concepto de lo público es uno de esos cargados de matices y con un largo recorrido de apropiaciones. Es un concepto que circula con demasiada facilidad. Se escucha aquí y allá para servir tanto a estos como a sus contrarios. Por ejemplo los espacios públicos. Por ejemplo la opinión pública. Por ejemplo... los bienes públicos (una farola sin ir más lejos) identificados con

³ Editorial Gedisa. 1979

los servicios públicos: desde esos urinarios cápsula del tiempo que habrían estimulado la imaginación de H.G.Wells; hasta la ventanilla del vuelva usted mañana de Larra, pasando por las siglas SP –taxi, autobuses, camiones de reparto...- o, para no demorarnos más la ambulancia, el hospital, los médicos y su aparataje y la sanidad; o la escuela, sus pizarras, sus ordenadores por venir (mira que a pesar de ser tan modernos se nos demora tanto lo por venir que casi siempre se muta en un porvenir incierto y de largo recorrido), sus docentes, y personal no docente, la comunidad escolar, el alumnado y la educación...

Si hay un concepto moderno que signifique menos a costa de significar tantas cosas el concepto de lo público es ejemplar. Puro concepto de esa modernidad asimétrica e imperativa. El público es nada, espectador de espectáculo. La opinión pública es eso que sólo existe como proyecto social de control emanado de quienes tienen el poder para crearla (la opinión pública como el panóptico perfecto). Los bienes públicos. Los cargos públicos... y el chiste fácil que siempre contábamos en la optativa Papeles Sociales de Hombres y Mujeres porque siendo fácil no tenía nada de chiste: el hombre público y la mujer pública. Lo público. Ahora imagino, y temo, a Paz invitándome a definir lo público, y el mero hecho de que tuviera que convertir mi discurso en balbuceo que tartamudea por recovecos sin fin de un laberinto de feria construido por una de esas mentes dementes que asoman en ciertas novelas y en determinadas películas de terror, me sirve para responderle que lo público, si alguna vez significo algo, ahora sólo es una de esas apariencias chinescas de la caverna platónica, un concepto vuelto de revés que nos reviste y nos informa (nos modela). Lo público como espacio de lo visible, de lo que es compartido, de... Pensad en todas las maneras de contradecir esto.

No sé si vendrá a cuento, pero lo cuento. Estoy en un proyecto con alumnos y alumnas de 3º de E.S.O. Estamos intentando hacer una página Web (y no tanto porque si no tienes www no existes, sino porque sin ser un maquineta ni un mitificador barato, o sea estúpido, de las herramientas, creo que aún hay aquí un nuevo espacio público que, sin embargo no lo es del todo y, además, nos lo están hurtando). Participan dos grupos (de esos que en mi centro postlogse y preloce constituyen itinerarios de segunda, carreteras secundarias). El tema lo he impuesto yo. Sí, lo he impuesto y qué. El proyecto (que a lo mejor va más allá de la página web e asume otros rostros) se llama **(NOS)...otros⁴**. Lógicamente he tenido que asumir la tarea de explicarles a las alumnas y a los alumnos qué quería decir con esa construcción verbal que el corrector ortográfico de Word me valida (y si billgates no te subraya en rojo, entonces...). Nosotros es un pronombre personal que parece tener un significado muy claro. De igual manera que cuando uso el *mi* estoy marcando fronteras a la socialización de algo, cuando decimos nosotros parece que estamos subrayando algo que es incluyente, una dimensión compartida,... un espacio colectivo, público. El nosotros es una marca de identidad colectiva que parece afirmar un compromiso en la interrelación, pero sobre todo es un pronombre nada narcisista (como YO), nada distante (como tú o vosotros) y, desde luego, nada excluyente (para eso ya están él o ella o ellas y ellos). Y sin embargo a medida que abandonamos la gramática y nos situamos en el terreno del lenguaje como producto social, el nosotros se nos aparece como un concepto que quiere decir aquello que parece no estar afirmando. Nosotros, pensadlo, es un concepto excluyente. Marca una diferencia que está incluida ya en el propio diseño de la palabra: nos y otros; sólo que en lugar de ser un nos + otros = nosotros, es un nos – otros = nosotros.

Nosotros es una de las condiciones de exclusión de los otros, de aquellas personas que no son de los nuestros (el pronombre personal se posesiviza). Nosotros. Lo público. Debajo de los

⁴ En el momento en que releo esto, el proyecto (NOS)...otros ha ido cobrando vida, muy virtual aún, en algo más ambicioso: un montaje audiovisual que, aunque ha sido propuesto a una institución para ser montado, no cuenta con el patrocinador necesario para hacer frente al coste. Es posible que, ante la dificultad para montar esa instalación, la traslade a la más pura virtualidad de la Web.

conceptos se esconden trampas y, al caer en ellas, los conceptos nos derrotan y nos ponen al servicio de ese patrón que ha regido la deriva semántica o ha gestado la construcción del sentido.

El capital se contenta con desarrollar su ley de un solo movimiento, ocupando inexorablemente todo el espacio de la vida, sin mezclarse en prioridades. Y si ha puesto a la gente a trabajar la ha puesto también en la cultura, la ha puesto en las necesidades, la ha puesto en el lenguaje y en los idiomas funcionales, en la información y en la comunicación, la ha puesto en el derecho, en la libertad, en la sexualidad, la ha puesto en el instinto de conservación y la ha puesto en el instinto de muerte. Los ha amaestrado en todas partes a la vez de acuerdo a unos minutos adversos e indiferentes. **Esa es su sola ley: la indiferencia.** ¿Jerarquizar las instancias? Juego demasiado peligroso, y que corre el riesgo de volverse contra él. No: **nivelar, neutralizar, cuadrricular, indiferenciar**, he aquí lo que sabe hacer, he aquí como procede según su ley. Pero también, disimular este proceso fundamental bajo la máscara «determinante» de la economía política. Baudrillard)

La indiferencia como elemento determinante de control, de sometimiento y, por lo tanto de aceptación claudicante de las diferencias entendidas como formas de segregación. Un pronombre es más que un pronombre; sólo la indiferencia (en el uso) lo convierte en algo menos peligroso. Lo público. Sólo la indiferencia (de los múltiples sentidos y de los usos abusivos y de la colonización del imaginario) hace que lo público siga siendo un palabra que usan tanto los unos como sus oponentes para al final no saber muy bien, salvo que, como decía antes, invirtamos tiempo y palabras en justificar el uso que hacemos de esa palabra, se quiere decir con ello.

Win Wenders en su película Alicia en las ciudades hacía decir a un personaje: Ninguna imagen es inocente, todas quieren algo. Lo mismo, pero más camuflado, les ocurre a las palabras cuando son conceptos. Y por lo tanto si queremos recuperar el deseo transformador tendremos que, o inventar nuevas palabras o desenmascarar las trampas y a los tramposos cuando nos dejan en manos de los conceptos. (NOS)... otros. La tarea es: ¿cuál es el camino que nos conduce hacia un nosotros que no sea ése, que no sea excluyente, que sea de verdad incluyente?

La sospecha sobre lo público y mi apuesta por lo social podría explicarse desde diferentes esquinas; pero estoy empezando a abusar de las palabras y de quien leyéndome haya llegado hasta aquí, así que lo mejor es ir acabando. Resultaba altamente sospechoso que si un político usa el término público nada se conmueve (por ejemplo si habla de la necesidad de controlar el gasto público); pero si se le ocurre afirmar que hay que controlar el gasto público no para gastar menos en lo público sino para invertir más en gasto social..., puede que su discurso genere polémica. Porque según uno, yo, he ido intuyendo a lo largo de debates de investidura y resúmenes de debates de leyes presupuestarias y de mentiras logse y delitos loce: no es lo mismo gasto público que gasto social. NO es lo mismo lo público que lo social y entonces... la sospecha se convierte en acicate para intentar ir al fondo de los conceptos buscando el rastro de la trampa, buscando la razón de tantas derrotas.

3. LA EDUCACIÓN NO ES UN SERVICIO PÚBLICO SINO UN BIEN SOCIAL

El servicio público, tal y como ha ido siendo modelado por los poderes públicos, es un bien necesario socialmente, pero que está sujeto a la lógica de las mercancías. Hablamos de

intercambio. Todo el mundo acaba explicándolo o entendiéndolo así: yo pago impuestos y a cambio de esos impuestos tengo acceso a... Pero, además, uno no puede dejar de pensar, como ya he señalado antes, en todo aquello que recibe la consideración de servicio público: desde el taxi pasando por el autobús o el metro hasta esas otras cosas que el mercado en tiempos del liberalismo sin fronteras, aún siendo consideradas servicios públicos, no ha dudado en privatizar. Desde la electricidad a correos pasando por... Los servicios públicos están sujetos a la lógica del mercado. A nadie se le ocurre exigir taxis gratuitos. Qué estupidez, pero es cierto, nadie pide ni taxis, ni electricidad ni... El servicio público tiene un precio y esto, bien que lo sabemos, lo convierte en mercancía con todo lo que se deriva de esta consideración. Podremos exigir que ese precio sea mínimo o que esté controlado por el Estado o, incluso, que el Estado haga negocio con ello o... Lo público nunca ha estado en el lado opuesto a lo privado⁵, aunque así haya sido presentado cuando interesaba (mi casa es mi castillo, dicen los ingleses; el ágora, el espacio abierto..., el espacio público donde sólo los poderes públicos pueden prohibir pisar el césped). Lo público era aquello que tenía dueño, tenía limes, venía marcado por un sentido de la propiedad: era una bien que pertenecía a los socios del club, llámense ciudadanos/as o simplemente quienes pagan impuestos. Si la soberanía nacional como principio de poder democrático tenía, y tiene⁶, unos dueños y, por lo tanto, no es un bien compartido por toda persona más allá de su condición, los servicios públicos también son privativos de quienes tienen reconocido el estatus legal que les hace merecedores de tal bien.

El servicio público está íntimamente ligado a otro término: contribuyente. Su universalización es, pues, negada, ya que ese servicio sólo se presta a cambio de... Valor de cambio. ¿O ya nos hemos olvidado de lo que significa que el valor de cambio sea el Valor con mayúsculas que define la condición o estatus de algo? Hacienda somos todos y cuando llega el momento de hacer balance la televisión se inunda de anuncios donde todos disfrutamos de algo que hemos pagado: mejores autopistas, mejores hospitales, mejores escuelas, mejores... Lo público tiene un precio. El gasto público está sujeto, lo vivimos con más claridad desde que el déficit 0 es la norma, a recortes o a dilaciones en el tiempo (fue muy gráfico el que el PSOE prometiera un día no sé cuántas cosas en educación y al día siguiente, una vez hechas las cuentas, dijeran que sí, pero sin prisas). Es, pues un gasto que, aunque necesario, puede aplazarse si la situación lo requiere (ya veremos qué tipos de recortes estará preparando el gobierno actual justificados desde la coyuntura de crisis económica o de ralentización del crecimiento que se derive de precios del petróleo y otras cuántas facturas de guerra más). Ciertamente, se nos dirá, los recortes en el gasto para evitar que el déficit se dispare nunca deberán afectar a los mínimos. NO, nos dirán, no vamos a desmantelar la sanidad privada ni la escuela pública ni siquiera vamos a pagar la deuda de la televisión pública sin que esto suponga que adiós TVE..., se garantizarán unos mínimos, pues los servicios públicos están sujetos a esa otra lógica: la de los mínimos. Por debajo de esta línea que hemos marcado como mínimos, nada; por encima de ella..., ya veremos, se hará lo que se pueda y es que no saben ustedes lo pesados que se ponen los ministros de Economía y Hacienda cuando los demás les pedimos dinero para...

Lo público se comporta, pues, como una mercancía, está sujeto a mínimos, no es un derecho que todo el mundo pueda tener por el mero hecho de ser persona y, además, puede ser privatizado. En la lógica del sistema en el que vivimos el par público / privado no sólo tiene sentido sino que está en boca de casi todo el mundo. ¿Se puede privatizar lo público? Y ahí llegan los liberales y los socialdemócratas a señalar que sí, claro, cómo no... Y si uno pone cara de estupor ante lo que puede parecer una contradicción flagrante, enseguida dicen que si un servicio público se privatiza y esto asegura que, bajo un riguroso control de los precios por aquella ley de la oferta y la demanda que es la ley de la gravitación del sistema económico que

⁵ En el terreno de la fotografía o del registro audiovisual, las controversias sobre la línea que separa lo público de lo privado son una constante que dice más de lo que parece sobre la insuficiencia de, al menos, uno de los dos términos.

⁶ A lo largo del XIX aunque las Constituciones hablaran del principio de soberanía nacional, luego los poderes públicos, de hecho y de facto, se encargaban de delimitar ese privilegio.

rige nuestra vida política, la ciudadanía pueda alcanzar mejores prestaciones en manos privadas, pues adelante, ¿o no es la calidad lo que importa? ¿O no es la libre competencia lo que asegura mínimos precios y alta calidad? ¿O es que tú, te dicen, eres de los que defiende la pervivencia de los monopolios?! Público / Privado. Ya no sé si dos caras de la misma moneda o dos monedas que, al final, van a parar al mismo bolsillo.

Y así si la sanidad pública no puede hacerse cargo de todo, pues conciertos con la sanidad privada para... Y así si la escuela pública no puede hacerse cargo de todo, pues conciertos con la privada para... ¿Qué más da quién preste el servicio cuando lo que importa es que el servicio se preste? Esto es lo público. Pasen y vean. El espectáculo de prestidigitación va a comenzar. Las chisteras (palabra que ya nos habría de ponernos sobre aviso de que lo que al final va a pasar es que nos van a tomar el pelo) están repletas y cuantos más mago seamos, más palomas volarán. En el fondo lo público y lo privado en cuanto que conceptos han sufrido un proceso de modelaje o patronaje que les ha convertido en indiferentes (y a la ciudadanía también, pues lo que mosquea a muchas personas no es que no tengan una plaza en la escuela pública sino que a su niño no lo admitan en la privada... concertada). Público, privado, privado concertado... Los conceptos nos derrotan.

La educación como la sanidad como el aire que respiramos o el derecho a la información o todos esos maravillosos derechos que son recogidos en las Constituciones (sí en eso que incluso los que vomitaban bilis por considerarlo rojomasonicopeligroso ahora enarbolan como banderín de enganche para nuevas guerras patrias) no son servicios públicos. Son bienes sociales. Y con lo social no se juega, de ahí que les moleste tanto a tantas personas que no cesan de pronunciar el término público que alguien se salga del coro y mente lo social. Lo social no admite componendas de escala de grises como ocurre entre lo público y lo privado. Lo social es eso y nada más, su contrario no puede nunca ser su aliado. Lo social no es mercancía, no tiene precio, no está sujeto a un valor de cambio, no es algo que se dé a cambio de algo que se da. Lo social no admite recortes con coartada, pues su lógica no le sitúa en el terreno de los mínimos exigibles sino que lo ubica en el territorio de los máximos irrenunciables. Lo social es una exigencia mientras que lo público nos lo venden como una compensación. La educación no es pública o privada, pues la educación es un bien social y, por lo tanto, ni privatizable ni dada a quienes cumplan con los requisitos del sistema. Y si miramos la escuela, entendida como edificio y espacio y conjunto de medios materiales y humanos, desde la educación entonces la escuela tampoco debe conformarse con mínimos o con compartir existencia con lo privado en aras de la libertad de empresa, de conciencia, de elección, de...

Los bienes sociales lo son por principio y atañen a toda persona que, al menos, viva en sociedad. Cuando algo es un bien social no es una prestación, es un imperativo. No se puede privatizar lo social (aunque están en ello). No se le puede poner precio a lo social. NO es una mercancía (aunque están en ello).

No hay conceptos inocentes, pero sí que hay personas inocentes que usamos determinados conceptos sin darnos cuenta de que en cuanto empezamos a enunciarlos ya hemos abierto la brecha que desvitalizará nuestros argumentos. Creo que debemos abandonar el concepto de escuela pública y hablar de escuela y educación a secas, sin que el término público autorice sin querer la necesidad de lo privado. Exigir máximos desde la base argumental de lo social, que no de lo público. Posicionarnos contra los simulacros para que nuestro discurso sólo requiera ser explicado y nunca justificado.

La modernidad no es la transmutación de todos los valores, es la conmutación de los mismos, es su combinatoria y su ambigüedad. (Baudrillard)

Y tal vez sea más necesario de lo que parece ser absolutamente (pos) modernos para entrar en la necesaria lucha por el control de los valores, por la vitalidad de ciertos conceptos que si son válidos y necesarios no es por su condición de conceptos sino por su condición de estrategias para construir aquello que es el horizonte de una utopía que no se avergüenza ni se excusa de ser utopía.

4. PARA TERMINAR

Tampoco soy tan ingenuo. Acaba de inaugurarse el Fórum Social de Barcelona. Al parecer lo social también está en trance de expropiación (o de cómo Porto Alegre acabo en manos de los sponsors). Y es que al liberalismo sólo le queda por conseguir lavarle la cara al egoísmo y dar cuerpo de ley a la función social imprescindible y rectora de esa mano invisible que tanto le gustaba a Smith (con un apellido tan del estilo de Sánchez o Pérez y mira que el tipo era sagaz y nada ingenuo).

Con los conceptos pasa como con el suelo. Que viene alguien y te lo expropia o te lo recalifica, y viene otro y te monta una Expo o un paseo ciudadano construido desde lo público para beneficio de la empresa privada y disfrute de los paganos.

Termino con Baudrillard y una de las ideas que me han servido para intentar dar forma a lo que quería decir:

Sólo la afiliación al modelo da sentido, y nada procede ya según su fin, sino que procede del modelo <<significante de referencia>> que es como una finalidad anterior, y la única verosimilitud.

(Y es que a veces olvidamos que el sentido no está en los conceptos sino en quien los domina y los hace circular)